Pérez, Pineda, Edgar, “Día de la Candelaria, tradición llena de sincretismo”, *La Jornada Guerrero*, Guerrero, 3 de febrero, 2007.

Dirección electrónica:

<http://www.lajornadaguerrero.com.mx/2007/02/03/index.php?section=sociedad&article=012n1soc>

La tradición parece inamovible, sea que el uso judeocristiano observe que el 2 de febrero se cumple la cuarentena del nacimiento de Jesucristo, o que el sincretismo concilie la versión histórica de la diosa Démeter, a la que se rendía culto alrededor de esta fecha para favorecer el nuevo ciclo de vida, que se iniciaba con la primavera.

En general, Acapulco conserva el ánimo de llevar a bendecir la figura del niño Jesús, por ello se le viste, para memorar cuando se le llevó por primera vez al templo sagrado para ser bendecido, y también la purificación de la virgen a los 40 días. En algunas comunidades del México indígena se conserva la tradición de llevar a bendecir a la iglesia mazorcas, semillas y velas, como símbolos de la nueva vida, la solicitud de abundancia, y la luz que ha de guiar las vidas de los creyentes. Algunos historiadores señalan la coincidencia del festejo católico con la celebración prehispánica de Tláloc, dios de la lluvia y el inicio del ciclo agrícola.

La tradición moderna consiste en enorgullecerse de ser padrino de Jesús luego de haber “escogido” un muñeco en la rosca de Reyes, día de la Epifanía. Esta responsabilidad radica en vestir al niño Jesús y llevarlo a bendecir el 2 de febrero, día de la Candelaria (de la candela o luz), y también en convidar tamales y atole a sus invitados.

Los tamales, según Fray Bernardino de Sahagún en su libro *Historia general de las cosas de Nueva España*, se ingerían durante diez festividades del anuario ritual del pueblo mexicana, entre ellas la del inicio del ciclo agrícola, o día de la Candelaria para los creyentes modernos.

Para la concepción popular de Acapulco el día de la Candelaria representa más el final del periodo navideño, y sintetiza todo lo anterior; según la opinión de creyentes es recordar la fe y agradecer las bendiciones recibidas. María Galloso Vargas, devota, declara que esta tradición consiste en “dar gracias a Dios de tenerlo en casa y poder llevarlo a bendecir”. Por su parte, para la señora Josefina Bautista vivir esta festividad significa “una devoción profunda” porque “hay verdad en esto, es fe”.

Audelia Diaz, dice, vive la tradición de manera muy íntima, no hace fiesta ni prepara tamales o atole, acaso cocina mole; pero eso era antes, porque ahora ya no tiene hijos, comenta, sólo los tres niños Jesús que llevó a bendecir a la catedral. Para ella el día de la Candelaria significa “una luz hacia Jesús”.

A la figura del niño Jesús la visten de maneras diversas, según la voz popular, a imitación del santo preferido por cada devoto. Según la tradición, las vestimentas más comunes son réplica del Santo Niño de Atocha, con su báculo y sentado en su sillita; del Niño de las Palomas, con un ropón blanco y una paloma entre las manos; de San Francisco de Asís, con sandalias, hábito café y abrazando un animalito; o del Niño de las Azucenas, con túnica blanca y entre las manos unas flores de la especie. Lamberto Morales, sastre y propietario de una mercería que año tras año por estas fechas tiene una fuerte demanda de confección de estos atuendos, comenta que desde principios de diciembre hasta el mismo día de la Candelaria se encarga de vestir aproximadamente más de mil figuras. Entre ellas le ha tocado vestir niños con el uniforme de fútbol del equipo América o el Guadalajara; ayer vistió a uno de soldado, y para una señora, empleada de intendencia, confeccionó un traje de “barrendero”. “También me han pedido vestir al niño de payaso, de abogado, de doctor”.

La tradición puede admitir flexibilidades, pero la opinión de las entrevistadas refrenda que no se está perdiendo. “Para nosotros los católicos no”, dice la señora Galloso.